

# Comunidades de práctica y el futuro de la educación

## Communities of Practice and the Future of Education

**Marina Garcés**

Universitat Oberta de Catalunya  
[mgarcesma@uoc.edu](mailto:mgarcesma@uoc.edu)

**Antonio Casado da Rocha**

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU)  
[antonio.casado@ehu.eus](mailto:antonio.casado@ehu.eus)

ISSN 1989-7022

Marina Garcés y Antonio Casado da Rocha (eds.): *Debate: Comunidades de práctica y el futuro de la educación*  
IILEMATA, Revista Internacional de Éticas Aplicadas, nº 33, 5-9

Es el momento de reinventarlo todo. ¿Cuántas veces se ha dicho esto en educación? La crisis provocada por el Covid19, con el cierre de escuelas y centros educativos en una parte importante del planeta, parece corroborar que ahora sí es el momento de reinventar los espacios, los tiempos y las metodologías educativas en todos los niveles y ámbitos de la sociedad. Pero, ¿realmente es así? ¿Por qué ahora y no antes? ¿Por qué a causa de un virus y no de otras muchas otras causas que también provocan desigualdad, falta de oportunidades, hegemonías epistemológicas y relaciones basadas en la exclusión y la dominación?

Afirmar que hay que renovarlo todo es un mensaje que tiene dos caras: por un lado, expresa un malestar respecto al presente y a lo existente. Por otro, niega la existencia de experiencias relevantes, de aprendizajes válidos y de estructuras que merezcan ser defendidas y cuidadas. Por lo tanto, es un mensaje de doble filo en el que hay que entrar con mucho cuidado, si queremos leer los síntomas de nuestro tiempo convulso. Las crisis tienen la virtud de poner en suspensión los imaginarios, normalidades, obviedades y formas del sentido común que sostenían una determinada configuración de las prácticas sociales y de su representación. Pero también tienen el peligro de simplificarlo todo bajo la contraposición entre un antes y un después. Nuestro presente está gravemente herido por este antes y este después del Covid19, pero sabemos que el después no acaba de llegar y que no será fácilmente identificable.

Ni el mundo ni la vida empezarán de nuevo, por mucho que nuestra cultura mesiánica se base en anhelar, uno tras otro, nuevos comienzos. Imaginar futuros puede convertirse

en una coartada para desentenderse del presente. No hay futuro que no se derive de un presente bien imaginado. Por eso nos hemos propuesto rastrear qué había y qué sigue sucediendo allí donde las prácticas educativas se sitúan en un *entre* capaz de tejer tiempos y comunidades a partir de prácticas concretas. En tiempos de utopías y distopías, ¿cómo mirar hacia lo que ocurre? Cuando la realidad parece borrarse o nos asusta, ¿cómo dar valor a lo aprendido, a lo vivido o a lo que está en curso de ser experimentado? El primer paso es darnos la ocasión de escuchar. No basta con dar la palabra, si nadie escucha. No basta con publicar, si nadie lee. Si hablamos de comunidades de práctica, las primeras prácticas que hay que interrogar son las propias, aquellas que tienen que ver con las maneras como compartimos el pensamiento y abrimos sus posibilidades. Rastrear el *entre* educativo que presentan los artículos reunidos en este monográfica implica preguntarnos también, ¿qué espacio estamos abriendo? ¿Y cómo podemos convertir esta publicación, también, no solo en una representación sino en una verdadera reverberación entre experiencias?

Mientras tanto, Google acaba de anunciar su programa de “Career Certificates”, un conjunto de cursos en línea para que en seis meses los participantes aspiren a trabajos cualificados sin tener que pasar por una universidad. Ante estos fenómenos de disrupción y transformación que experimentamos en 2020, en abril nos propusimos compartir experiencias situadas entre el presente y lo que podemos imaginar desde diferentes comunidades de práctica (CoP) en la educación, la cultura, la salud pública o cualquier otro ámbito de aprendizaje y experiencia social. En la convocatoria entendíamos una CoP simplemente como un grupo de personas que se reúnen de manera voluntaria e informal para socializar experiencias y problemas alrededor de un horizonte común. Nos parece que estos sujetos colectivos tienen una dimensión ética y política que, más allá o más acá de la educación formal, sostiene y fomenta la interacción entre personas expertas y noveles, facilita aprender y compartir conocimiento, y genera sentimientos de motivación, pertenencia y compromiso.

Esta definición puede considerarse demasiado extensa, prefiriendo limitar el término a aquellos grupos que comparten una única práctica profesional en concreto, pero aquí nos limitamos a identificar los tres elementos que caracterizan cualquier CoP según J. Lave y E. Wenger, cuando hace 30 años comenzaron a teorizar sobre *Communities of Practice* en el Institute for Research on Learning de Palo Alto, California: en toda CoP el aprendizaje se basa en (1) un *dominio* o campo de interés compartido, (2) una *comunidad* o grupo que interactúa de manera frecuente, ya sea de manera presencial o en línea, y (3) finalmente la *práctica* o prácticas concretas. Tras haber sido revisados por dos personas expertas no pertenecientes al entorno o institución del autor o autora, los 16 artículos aceptados para ser publicados en este número tratan sobre CoP en ese sentido amplio, aunque con matices y divergencias. Tratándose de este tema, no sorprende que varios hayan sido escritos colectivamente y de manera transdisciplinar, combinando lo experiencial, lo profesional y lo académico.

Los artículos son independientes, podemos saltar de uno a otro como en una rayuela, y como en ella el salto a veces nos lleva a dos lugares a la vez. Un buen punto de partida es el de Fernando Broncano, que se hace la gran pregunta: desde la Ilustración entendemos la educación como herramienta básica de la emancipación humana, pero ¿basta con ella para que quienes sufren injusticias puedan interpretar y explicar las causas sociales que las producen y entender cuáles son los daños que producen en su propio autoconocimiento? Broncano propone que para eso es necesario formar y cultivar espacios sociales, redes de cooperación donde

desarrollar “prácticas epistémicas colaborativas en las que se examinen las particularidades de las experiencias y se desplieguen relatos comunes”. Esos nichos o entornos cognitivos singulares serían una forma de CoP que Broncano denomina “fraternidades [y sororidades] epistémicas”, personas que comparten una conciencia vulnerada y la ansiedad por la falta de recursos colectivos para salir adelante, y que se “confabulan” en grupos girando la mirada hacia la situación en la que están sumidas.

Un par de artículos nos hablan de esa vulnerabilidad sistémica y personal, que se ha visto agudizada por la crisis del Covid19. Los trabajos de Janet Delgado, Luke Goñi y Elizabeth Pérez se preguntan de qué forma específica las CoP contribuyen al ethos de las profesiones sanitarias. Goñi y Pérez sitúan la discusión entre la ética del cuidado, el compromiso profesional y la identidad específica de la enfermería, que emerge en una interacción dialéctica entre el yo y el otro. Delgado se centra en la capacidad de las CoP para potenciar la resiliencia moral de los profesionales sanitarios, especialmente en situaciones excepcionales, emergencias de salud pública o catástrofes.

Otros dos artículos presentan y estudian casos concretos de CoP en activo. Segundo Moyano y Jordi Solé presentan la TreS [Taula per a la Reflexió en Educació Social], un espacio de encuentro mensual entre profesionales, estudiantes y profesorado de universidad vinculados al campo de la educación social. Con 15 años de trayectoria, la TreS forma parte de una tradición de autogestión y resistencia que en este caso ha devenido en un espacio donde compartir experiencias de formación, investigación y extrañamiento al margen de la institución colegial o universitaria. Desde un contexto más cercano a la universidad, pero también crítico con las inercias de la educación superior (en el caso concreto de una Facultad de Derecho, pero podría extrapolarse a otras), Fernando Tapia y Agustín Erkizia presentan otra CoP, la Clínica Jurídica por la Justicia Social surgida en el campus de Gipuzkoa de la UPV/EHU. El artículo analiza las características que permiten entenderla como una CoP que funciona: fundamentalmente, ser un grupo de personas diversas que interaccionan continuamente y que comparten una preocupación en relación a la necesidad de renovar la enseñanza del Derecho y la Criminología, la cultura jurídica y el modelo de jurista hegemónicos en nuestro entorno.

Sin salir de la UPV/EHU, tres artículos relatan experiencias muy recientes de CoP en torno a la enseñanza-aprendizaje, la investigación y la (tan a menudo postergada o simplemente olvidada) tercera misión de la universidad: la cultural. En la primera, Maitane Arnosó et al. describen una iniciativa coordinada por Unibertsitate Kritiko Sarea [Red para una Universidad Crítica] en la que profesorado, alumnado y organizaciones sociales consensuaron los marcos, metodologías, procedimientos y resultados necesarios para realizar Trabajos de Fin de Grado y Fin de Máster desde una óptica crítica y emancipadora. El artículo describe el proceso que condujo a la redacción de una guía de apoyo, así como la experiencia de una comunidad virtual para el acompañamiento a los agentes que se embarcan en esta tarea. En la segunda, Miriam Del Pino y colaboradoras estudian cómo ha afectado el confinamiento a su propia CoP, formada por un grupo internacional de doctorandas y su directora de tesis. Covid19 ha propiciado infinidad de encuentros virtuales; en ese contexto, ¿qué define, aporta y distingue una comunidad feminista en línea? El artículo describe cómo la CoP se reconstruyó virtualmente mediante un ejercicio de inspiración surrealista en torno al juego del *corps-exquis*, poniendo en cuestión tanto las diferentes formas de vivir la pandemia como su quehacer académico y la apuesta compartida “por la educación para transformar la sociedad”. La tercera experiencia (descrita en el artículo de Casado et al.) cultivó una comunidad de alumnado universitario en

torno al fomento de la cultura democrática, trabajando con metodologías complementarias competencias transversales en el ámbito de la ecología, la política y los derechos humanos.

Dos artículos continúan esta senda desde la intersección de prácticas sociales y artísticas. Partiendo de la hipótesis de que cambiar el orden simbólico de la muerte es comenzar a cambiar el mundo, Daniel Palacios describe cómo han surgido CoP sobre las fosas comunes de la Guerra Civil española, comunidades que además de haber realizado el duelo de un profundo trauma personal y colectivo, también han comenzado a producir y visibilizar en torno a ellas conocimientos, valores y programas educativos; se diría que cuando una sociedad se pregunta dónde están sus muertos también se pregunta dónde está su futuro. Por otra parte, Marina Riera se pregunta cómo renovar una alianza entre cine y emancipación, explorando la dimensión educativa de las prácticas fílmicas militantes. Su artículo describe una CoP denominada “La Barraca Transfronteriza”, una iniciativa de comunicación audiovisual y cine independiente que emerge de la red No Borders en el norte de Marruecos en 2017. Este colectivo vive el cine no tanto como un espacio para la evasión, sino como un encuentro o acontecimiento capaz de catalizar “potencialidades latentes”, desarticulando “definiciones esencialistas en torno a la inmigración y a la frontera” y observando “la transformación de la geografía global que conlleva el mismo fenómeno migratorio desde el punto de vista de prácticas políticas concretas”.

Varios artículos comparten la constatación de que la dinámica propia de las CoP supera la dicotomía entre teoría y práctica. Los trabajos de Jaime Rodríguez y Mikel Torres profundizan en esa relación desde la filosofía política y la psicología social, proporcionando recomendaciones innovadoras sobre la creación y el cultivo de CoP en las instituciones públicas y sus mecanismos de gobernanza. Rodríguez las contempla como “instrumentos para potenciar procesos deliberativos en el seno de las instituciones”, mencionando algunas experiencias realizadas en Córdoba (Argentina), mientras que Torres se centra en cómo establecer en los comités de ética distintos modos de participación para evitar “el conformismo, la polarización, el dogmatismo, los prejuicios o la ineficiencia en la gestión de los conocimientos”.

Otro punto de gran interés para la reflexión sobre CoP es el deporte, cuya relevancia en muchas culturas es innegable. En la única contribución del monográfico escrita en inglés, Donald Thompson y Javier López Frías defienden una visión del deporte como práctica social cuyo valor depende de su contribución al florecimiento humano. Entender el florecimiento en clave aristotélica, como una función del desarrollo, ejercicio y disfrute del total de las capacidades humanas, permite extender su interpretación del deporte para abordar una crítica cultural más amplia. El trabajo de Thompson y Frías no sólo permite entender por qué ejercitamos ciertas capacidades mediante prácticas deportivas, sino también por qué es importante la disciplina que permite desarrollar esas mismas capacidades antes, durante y después del acto deportivo. Las capacidades de perseverar en el entrenamiento y aprender de los propios errores van más allá del deporte, pero su carácter social y mediado por la tecnología queda ilustrado por el trabajo de Ion Arrieta, centrado en el impacto que tienen las Tecnologías de la Información y la Comunicación en la práctica del ajedrez. Su artículo describe cómo la práctica presencial y comunitaria conocida como “análisis *post mortem*” está dando paso a un ejercicio individual y virtual apoyado en motores de análisis en línea.

Las TIC pueden contribuir tanto a la construcción como a la desaparición de CoP. Esa ambigüedad detectada por Arrieta se retoma en dos artículos centrados en las diferentes plata-

formas de Internet que irrumpen en el ámbito doméstico y escolar. Miguel Palomo analiza cómo los escolares se encuentran en comunidades virtuales que funcionan de un modo similar a las CoP, y que pueden perturbar o incluso sustituir el proceso educativo, un fenómeno especialmente relevante en la situación post-Covid19. Esto, que para Palomo es un peligro, en el artículo de Verónica Tobeña se convierte también en una oportunidad de repensar las relaciones dentro de la comunidad educativa, incluyendo padres y madres. Tobeña se pregunta qué aprenden los usuarios de TikTok dentro de su comunidad, y qué lecciones podemos extraer de esa experiencia que nos sirvan para pensar la escuela hoy, sin menospreciar “la fuerza instituyente de las formas de vida tecnológicas” ni la potencia de niños y niñas para aprender y vivir en un mundo marcado por la perplejidad y la incertidumbre.

Naturalmente, el diálogo que mantienen entre sí los artículos podría seguir otras rutas. Hay temas comunes como la decolonización (Riera, Del Pino et al.), el malestar que invade las profesiones asistenciales (Delgado, Goñi y Pérez, Moyano y Solé), la incomodidad ante los discursos de la autoayuda (Moyano y Solé, Broncano), la resistencia como apertura de grietas en la jaula de hierro burocrática (Palacios, Broncano, Moyano y Solé, Arnoso et al.) o la recuperación de la obra de Paulo Freire (compartida por Arnoso et al. y Broncano). Pero que cada cual componga su propia hoja de ruta saltando en esta rayuela, que esperamos dé pie a más encuentros y discusiones, pues la ética no es tanto el pensamiento que se aplica después de pensar, como el pensamiento mismo en conversación con otros. La clase de futuro que está emergiendo ya ante nuestros ojos dependerá de que esas conversaciones tengan espacios abiertos para desarrollarse. Por ello queremos expresar nuestro agradecimiento a Txetxu Ausín y todo el equipo de *Dilemata* por acoger el proyecto y facilitarnos un proceso de publicación de por sí complejo, así como la gran ayuda de autoras/es y revisoras/es trabajando a deshoras y desde el anonimato. Y, finalmente, a Jon Tyson (Unsplash) por la rayuela que hemos elegido como imagen de portada.